



MUNICIPALIDAD DE  
**LIMA**



BICENTENARIO  
PERÚ 2021

## *La azucena milagrosa*



Ángel de Saavedra, duque de Rivas

ÁNGEL DE SAAVEDRA, DUQUE DE RIVAS

# LA AZUCENA MILAGROSA



MUNICIPALIDAD DE  
**LIMA**

## Ángel de Saavedra, duque de Rivas

Ángel de Saavedra y Ramírez de Baquedano, condecorado con el título de III duque de Rivas y grande de España, nació el 10 de marzo de 1791 en Córdoba, España. Fue dramaturgo, estadista, historiador, pintor y poeta, considerado protagonista y representante del romanticismo en su país.

El teatro que escribió tiene variado registro y profundidad aun siendo de estilo sencillo, y su poesía es de lírica sencilla y musicalidad diáfana, con mayor modernidad. Entre sus obras destacan sus *Poesías* (1814), *Al faro de Malta* (1824), *Florinda* (1826), *El moro expósito* (1834), *Tanto vales cuanto tienes* (1840), *La morisca de Alajuar* (1841), *El desengaño en un sueño* (1842) y *La azucena milagrosa* (1847).

Falleció el 22 de junio de 1865 en Madrid, España.

*La azucena milagrosa*

Ángel de Saavedra, duque de Rivas

Christopher Zeceovich Arriaga  
Gerente de Educación y Deportes

Juan Pablo de la Guerra de Urioste  
Asesor de Educación

Doris Renata Teodori de la Puente  
Gestora de proyectos educativos

María Celeste del Rocío Asurza Matos  
Jefa del programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juárez Zevallos  
Selección de textos: Manuel Alexander Suyo Martínez  
Corrección de estilo: Claudia Daniela Bustamante Bustamante  
Diagramación: Andrea Veruska Ayanz Cuéllar  
Diseño y concepto de portada: Leonardo Enrique Collas Alegría

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

[www.munlima.gob.pe](http://www.munlima.gob.pe)

Lima, 2021

## Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells  
Alcalde de Lima

*LA AZUCENA MILAGROSA*

Los pendones triunfantes  
de la cruz soberana  
ya respetuoso desplegaba el viento,  
en las torres gigantes  
de esmalte y filigrana,  
con que Granada toca al firmamento;  
torres eternas, cuyos altos muros  
labrados entre mágicos conjuros,  
presagios, influencias, profecías  
y consultas de signos y de estrellas,  
lograban ya los venturosos días  
para que tal poder les dieran ellas.

El sol desde el oriente  
al perfilar de grana y de topacio  
celajes que bordó la blanca aurora;  
y al ocupar el trono refulgente  
del cenit en la cumbre del espacio,  
derramando a raudales  
vida, riqueza y luz a los mortales;

y al declinar tras nube que trasflora  
de morado y de jalde al occidente,  
saluda los católicos pendones,



y en ellos los castillos y leones  
y aragonesas barras ondeando,  
y la fe pregonando  
de Alhambra y de Albaicín en las almenas,  
donde antes volaban lunas sarracenas.

Genil, entusiasmado  
del triunfo de las armas españolas,  
no envidiaba del mar las crespas olas,  
después de haber tal gloria presenciado.  
Y al través de la vega apresurado,  
dejando atrás sus bosques y repechos,  
gozoso a relatar tan altos hechos  
iba al Guadalquivir, cuya memoria  
conserva otros tan grandes de su historia.

De la Sierra Nevada  
sonreía la cumbre  
porque en su hija Granada  
brillaba ya la bienhechora lumbre  
del lucero del Gólgota, y veía  
a la grande Isabel y al gran Fernando  
la garganta pisando  
del islamismo con tan firme planta,

que jamás volvería  
el brillo a oscurecer de la fe santa,  
ni a profanar la hermosa Andalucía.

Segura, en fin, España  
de la estirpe agarena, tanta hazaña  
famosa y nunca vista,  
con que sus héroes la feliz conquista  
lograron del imperio granadino,  
celebraba gozosa,  
aun sin saber que Dios iba en el camino  
con mano poderosa  
a abrirle de otro mundo,  
por favor de su gracia sin segundo.

Y ya la fama con su trompa de oro.  
eterna voz, y cántico sonoro,  
cruzaba mares, taladraba nubes,  
prestándole sus alas los querubes;  
y la insigne victoria difundía,  
por cuanto alumbra el sol, y el mar enfría.

Y el español denuedo  
sembraba en los paganos

terror, y helado miedo,  
y gozo, y nuevo aliento en los cristianos,  
pasmando al orbe todo  
el triunfo audaz, con que el linaje godo  
la lucha de ocho siglos coronaba;  
y con que aseguraba  
la fe de Cristo, y su blasón triunfante  
desde el tirreno mar al mar de Atlante.

Sí; de doña Isabel, de don Fernando,  
católicos monarcas españoles,  
de alta prudencia y de denuedo soles,  
que hoy en gloria sin fin están brillando,  
despojo era Granada.

Mas dije mal, porque despojo no era,  
sino la más preciada,  
y la joya más rica, y la primera  
de la diadema espléndida española,  
entre cuantas respeta el orbe, sola  
de otras muchas formadas por el cielo,  
con incesante anhelo,  
para en la augusta frente colocarla  
de tan egregios reyes;

y en ella asegurarla  
por las humanas y divinas leyes.

Magnífico diamante,  
rico joyel de la diadema augusta  
del imperio español era Granada;  
con su cielo radiante,  
que rara vez el huracán asusta;  
con su sierra, pirámide de nieve,  
a quien ni el cancro abrasador se atreve;  
con su vega encantada,  
de deleites tesoro;  
con su Darro y Genil, que arrastran oro  
en los raudales fríos;

con sus cármenes verdes y sombríos;  
con sus palacios mágicos de encajes,  
y frágil filigrana;  
con sus torres ligeras cual plumajes,  
que el soplo de la cándida mañana  
entre vapores húmedos parece,  
que blando agita, y que risueño mece.

Si hurí inmortal, si reina de odaliscas  
de alas de leve niebla y pie de espuma,  
con las galas espléndidas moriscas  
fue la hechicera juvenil Granada,  
ya por la gracia de los cielos suma  
se mira transformada  
en augusta matrona,  
orgullosa, triunfante,  
y con la frente de real corona  
ceñida en vez del bárbaro turbante;  
viéndola con profundo  
respeto absorto el admirado mundo,  
ya con la fe católica en el seno,  
antes manchado del inmundo cieno  
de torpes ceremonias y de ritos  
por el cielo malditos,  
y oyendo en sus mezquitas,  
del báratro tremendo con espanto,  
las palabras benditas  
del Evangelio santo,  
que alienta al siervo, y al tirano doma,  
en vez de las blasfemias de Mahoma.  
Y admirando en sus cármenes y Alhambras,  
y plácidos jardines

las danzas castellanas y festines,  
mucho más nobles que agarenas zambras;  
y en vez de Abencerrajes,  
y Zegríes traidores,  
poblada de linajes  
más altos y mejores,  
más bravos y hazañosos,  
y mucho más antiguos y gloriosos.

\*\*\*

Todo era, pues, contento y alegría,  
justas, banquetes y vistoso alarde,  
desde el primer albor del nuevo día,  
hasta expirar los plazos de la tarde.  
Y de danzas y orquestas,  
regios convites y costosas fiestas  
el plácido rumor y los concentos  
daban vida a los vientos,  
las sombras de la noche regalaban,  
y el sueño de los astros arrullaban;  
y alboradas risueñas  
felicitaban a la blanca aurora  
cuando las altas peñas

de excelsos montes con su luz colora.  
Tan solo Nuño Garcerán, hundido  
en afán melancólico, se esconde,  
y ni al aplauso universal responde  
a su valor egregio conferido.  
Pues su esfuerzo bizarro  
a la vega encantó, y admiró al Darro,  
siendo sus estandartes  
y sus bravos leoneses  
nuncios de la victoria en todas partes,  
sin temer de fortuna los reveses.  
Y él, en el duro asalto  
del regio alcázar colocó tan alto  
su nombre, que la fama  
la flor de los guerreros le proclama.  
Mas, ¡ay!, que de su patria, de su estado  
y de su tierna esposa separado,  
no puede tanta ausencia  
soportar de su pecho la vehemencia.  
Y ni ostenta su gala en los salones  
de los reyes, ni asiste a sus funciones,  
ni luce en los jardines,  
ni brilla en los festines,  
ni en Vivarrambla en pisador ligero

ensangrentando el acicate de oro,  
justa, ostentando su saber guerrero,  
lidia, mostrando su destreza, un toro.

Y lejos del bullicio y los festejos,  
como está de placer y calma lejos,  
solitario pasea  
entre los altos olmos que menea  
el céfiro en la orilla  
del Genil. Y en la noche triste vaga,  
cuando la luna entre celajes brilla,  
y la corriente cristalina halaga,  
por los campos desiertos  
de tibia luz y de vapor cubiertos,  
y allí repite el nombre de su Blanca,  
y hondos suspiros de su pecho arranca.  
Ha tiempo que carece  
de nuevas de ella, y cuando no hay noticias,  
ya infaustas, ya propicias,  
la ausencia se parece  
al sueño eterno de la tumba helada,  
pues o malas, o buenas, son sustento  
de un alma enamorada,  
y dan vida a la ausencia y movimiento.



A su tierra ha enviado  
uno y otro criado,  
que no tornan jamás, cual si un conjuro  
allá los detuviera,  
o cual si a su regreso se opusiera  
un encantado impenetrable muro.  
Confuso entre afanosos pensamientos  
él triste se perdía,  
amante firme y tierno enamorado,  
creciendo los tormentos  
de su angustiado pecho cada día,  
de toda nueva de su bien privado.  
Cuando a mirar acierta,  
que llega una mañana ante su puerta  
en rocín sudoroso, y anhelante,  
un villano leonés; en el tabardo  
de tosco paño pardo  
conoció que lo era,  
como en las bragas y amarilla cuera.  
Un vuelco le dio el corazón, se lanza  
a salirle al encuentro sin tardanza,  
y sin preámbulo alguno le pregunta,  
latiente el pecho, el color difunto,  
por cara y nuevas de su esposa amada.

El villano la mano venerada,  
que es aquel su señor reconociendo,  
le besa, de este modo respondiendole:  
«Mi alta señora, tu esposa bella,  
de las montañas de León estrella,  
salud cumplida tiene;  
aunque siempre afligida la mantiene  
tu ausencia, señor, y noche y día  
pide llorosa, y con ferviente anhelo,  
que te torne salvo a tu patria el cielo.  
Yo habito la alquería  
que está de la cañada en los alcores,  
entregado a las rústicas labores;  
de allí el señor Rodrigo con gran priesa,  
sin duda porque mucho te interesa,  
partir me mandó, y con premura harta  
poner en vuestras manos esta carta».

Confuso Nuño Garcerán la toma  
con temblorosa mano,  
y aunque lo que le ha dicho aquel villano  
de doña Blanca, centro de sus dichas,  
le asegura, tal vez al rostro asoma

inquieta turbación, pues que un arcano  
de míseras desdichas  
en sí contiene el misterioso pliego,  
le dice el corazón. Se encierra luego,  
ábrelo palpitante,  
y estos renglones se encontró delante:

«Don Nuño, tan larga ausencia  
empieza a perjudicaros,  
y es mi obligación llamaros,  
que importa tu presencia.

Pues se alcanzó la victoria,  
y se conquistó a Granada,  
donde ves acrecentada  
de tu casa la gloria,

a librar a ella y a ti  
de un abismo, que está abierto,  
y que yo a evitar no acierto,  
ven, y pronto, por Dios.

Ven, que te llama un amigo...  
¡Quiera el cielo no sea tarde...!

Él te ayude y te guarde,  
tu servidor, Rodrigo».

\*\*\*

En tormentoso mar de confusiones,  
que envuelve noche ciega,  
leyendo estos renglones  
el desdichado Garcerán se anega.

Dice poco, es verdad, aquella carta;  
mas también, harto dice,  
para que hienda y parta  
el alma y corazón a un infeliz.

Y en el conjunto vago y sin colores  
del oscuro compendio  
se ven los resplandores  
de un infernal, aterrador incendio;

cual se ven en el fondo de los mares  
en confusión las rocas,  
y sin forma, a millares  
cruzar los tiburones y las focas;

o cual tras negro tronador nublado  
se ve que arde y que gira  
meteoro encapotado,  
nuncio fatal de la celeste ira.

Doquiera que el discurso vacilante,  
buscando conjeturas,  
de Nuño, acude errante,  
ve un piélago sin fin de desventuras

y espectros y fantasmas espantables  
le revuelan en torno,  
mucho más formidables  
por no tener ni forma ni contorno.

Y de aquellos fatídicos renglones  
de tan infausto arcano,  
consuelo en las razones,  
quiere encontrar su mente del villano.

Sí; nuevas favorables de su Blanca  
le ha dado cual testigo;  
mas el alma le arranca  
notar que ni aun nombrarla osa Rodrigo.

Aquel le dijo que constante llora  
su ausencia, y este calla.  
¿Será que el uno ignora  
lo que otro el modo de decir no halla...?

¡Ay! Este pensamiento le horroriza,  
y arde en un fuego interno  
que envenena y atiza  
una mano invisible del infierno,  
y destrozado y roto en el combate  
de temor y de duda,  
se anonada, se abate,  
sin luz los ojos y la boca muda.

Mas una pronta decisión estalla  
en su cabeza ardiente,  
cuando en la cruel batalla  
iba a doblar exánime la frente.

La de volar en busca de Rodrigo  
a la nativa sierra,  
y ver cuál enemigo  
allá le mueve tan extraña guerra.

Y las alas envidia voladoras  
del águila altanera,  
que cruza en pocas horas  
todo el cóncavo espacio de la esfera.

Escondiendo a los suyos el viaje,  
veloz caballo ensilla,  
y con humilde traje,  
y con solo su afán vuela a Castilla.  
Ya deja atrás las torres de Granada,  
y la encantada vega,  
y la Sierra Nevada,  
y al confín andaluz rápido llega.

Y lo ve galopar sin un respiro  
el sol desde el oriente,  
hasta acabar su giro,  
apagando en el mar la crencha ardiente.

Y la luna y las trémulas estrellas  
alumbran su viaje,  
luciendo sus centellas  
al través del vapor y del celaje.

Atraviesa a Castilla, montes, ríos,  
valles profundos, nada  
disminuye sus bríos  
ni detiene la rápida jornada.

Y al rojo esclarecer de hermoso día,  
principio del verano,  
cuando la aurora abría  
la puerta de oro al astro soberano,

vio Nuño aparecer azul un monte  
aun de nieve vestido  
allá en el horizonte,  
y le dio el corazón hondo latido.

La sierra es de León, donde su estado  
tiene, y su dicho asiento;  
y hacia ella, arrebatado,  
lanza el corcel más rápido que el viento.

A cada nueva y conocida loma,  
que descuella de lejos,  
y cuando un punto asoma,  
que blanquea del sol a los reflejos,



sensaciones tan fuertes e indecibles  
el corazón le agitan,  
y tan indefinibles  
pensamientos le hielan o le irritan,

que ya para sufrir tanto martirio  
sin fuerzas espolea  
en insano delirio  
el alazán, que sin vigor jadea.

¡Oh, cuán breve y cuán largo es el camino  
que corre un desdichado,  
si va donde el destino  
le tiene algún desastre preparado!

Al cabo Nuño, en férvidos vapores  
que del valle se elevan,  
descubre los alcores  
de los estados que su nombre llevan.

Y al fin del sol, que baja lentamente  
al confín del espacio,  
no lejos ve, a su frente,  
la mole desigual de su palacio.

Y le parece aterrador coloso  
que lo amenaza y mira;  
y crespón doloroso  
la leve niebla que en sus torres gira,  
y detiene de pronto la carrera  
con toque tan forzado,  
que el caballo cayera,  
a no sentir el acicate agudo,

y lanza un grito, o pavoroso trueno,  
que el corazón hinchado  
le da un vuelco en el seno,  
como si en él hubiera reventado.

Una encendida bomba es su cabeza  
que a estallar va al instante,  
y en toda su grandeza  
la boca del infierno ve delante.

¡Mísero...! Las fantásticas visiones  
le cercan de su mente,  
se pierde en ilusiones  
y no ve la verdad que está presente.

No ve a su encuentro por la misma senda  
un hombre y un caballo  
venir a toda rienda,  
ni oye el recio pisar del duro callo,

ni sale del delirio hondo, morboso.  
hasta que el brazo amigo  
le estrecha cariñoso  
de su buen servidor, del fiel Rodrigo.

Reconócelo, abrázalo, suspira,  
y el color difunto,  
con hondo afán lo mira,  
sin osar producir una pregunta.

Y Rodrigo también, mudo, turbado,  
y el color de cera,  
la mirada, espantado,  
de aquellos ojos evitar quisiera.

Descabalgan entrambos, y Rodrigo,  
estrechando la mano  
de su señor y amigo,  
lo asienta al pie de un álamo lozano;

cuando en un mar de fuego en occidente  
pálido el sol se hundía,  
su faz velando ardiente  
sangriento nubarrón, tumba del día.

A la luz del crepúsculo borrosa,  
mientras la suya daba  
la luna candorosa,  
que entre cumbres oscuras asomaba;

tras de silencio breve pero horrendo,  
solos, y sin testigos,  
tal diálogo tremendo  
tuvieron entre sí los dos amigos:

DON NUÑO

A tu carta obedeciendo  
en León me tienes ya;  
¿qué males, pues me amenazan...?  
Dilos, dilos sin tardar.

Dilos, porque el alma tengo  
en tan angustioso afán,

que de tus palabras pende  
mi ansiosa vida quizás.

RODRIGO

Señor, mi confuso labio  
no sabe cómo empezar;  
pues hay cosas cuyos nombres  
no acierta el bueno jamás,  
y acaso es más infeliz,  
en mayor angustia está,  
que el que infortunios aguarda  
quien los debe revelar.

DON NUÑO

Apresura mi tormento,  
ten de tu amigo piedad.  
¿Vive Blanca...? Si ella viva,  
¿qué me importa lo demás?

RODRIGO

¡Ay, que has pronunciado el nombre  
que no osaba pronunciar!  
Vive doña Blanca, vive...  
Vive, sí; vive... ¡Ojalá

que nunca vivido hubiera  
para tu nombre afrentar!

DON NUÑO (Furioso.)

¿Qué supones, miserable...?

¿Qué alientas, furia infernal...?

Prueba, prueba lo que dices

o mi furia probarás.

Mi Blanca es como el sol, pura;

es un ángel celestial.

RODRIGO (Turbado.)

Doña Blanca... es...

DON NUÑO

¿Qué es...? Acaba.

¿Se te pega al paladar

la lengua...? ¿Qué es, di, mi esposa?

RODRIGO

¡Infiel!

DON NUÑO (Poniéndose en pie.)

¡Mentira!

RODRIGO (Resuelto.)

¡Verdad!

DON NUÑO (Cayendo convulso.)

¡Ábrete, tierra, a mis plantas  
y sepúltame voraz!

\*\*\*

Como de rayo tronador herido  
cayó convulso en tierra  
y lanzó un alarido  
que estremeció los riscos de la sierra.

Y el confidente, mudo y aterrado,  
hecho estatua de hielo,  
inmóvil quedó a un lado,  
fijos los turbios ojos en el suelo.

Don Nuño, destrozándose furioso  
la túnica y el pecho,  
se revuelca anheloso  
sobre la hierba, de dolor deshecho.

Rodrigo al cabo a su socorro viene,  
levanta al infeliz,  
lo anima, lo sostiene,  
y con voz balbuciente así le dice:

RODRIGO

Vuelve en ti, señor mío,  
¿dónde tu esfuerzo está?  
¿Quieres morir sin venganza?

DON NUÑO (Reanimándose.)

¡No, Rodrigo, no; jamás!  
Cuéntame, cuéntame todo,  
tranquilo te escucho ya.

RODRIGO

¿Y qué puedo yo contarte...?  
Tus ojos mismos van  
a decirte al momento.  
Y pues nadie sospechar  
puede, señor, tu vuelta,  
y la noche y el disfraz  
esconden tu persona,  
Ven tras de mí y calla.



\*\*\*

Como al conjuro de potente mago  
un cadáver camina,  
así con paso vago  
va Nuño entre la niebla blanquecina.

Atravesando el bosque con su amigo  
en silencio profundo,  
mas llevando consigo  
todo un infierno aterrador del mundo,

y su planta vacila a cada instante,  
y no más firme acaso  
es la que de él delante  
tiene Rodrigo con incierto paso.

Y no se escucha más que el rumor leve  
de espesos matorrales,  
que su marcha remueve  
al través de barrancos y de eriales.

Y la respiración de ambos viajeros  
estertor parecía,

del que ya en los postreros  
afanes juzga escasa el aura fría.  
Iban como al través de honda cañada,  
entre encinas y pobos,  
buscando la manada  
de ovejas van dos carniceros lobos.

Y los ojos de Nuño relumbraban  
cual brasas encendidas,  
y acaso espanto daban  
a las aves del todo aún no dormidas.

Y lumbre azul, cual arde sobre un muerto,  
los ojos de Rodrigo  
daban en el desierto,  
sin osar revolverlos a su amigo.

A poco tiempo llegan a una puerta  
del jardín del palacio,  
que sin rumor abierta  
da entrada franca al encantado espacio.

Y enfrente allí de un cenador de hiedra,  
donde una lámpara ardía

y una mesa de piedra  
refrigerios y frutas ofrecía;

entre las murtas, troncos y follaje  
quedan entrambos bultos,  
por fin de su viaje,  
en gran silencio, sin moverse, ocultos;

tal se esconde alevoso en la enramada  
el cazador y espera  
la cierva descuidada  
que baja por la noche a la ribera.

¡Ah, buen Rodrigo...! Tu amistad constante,  
tu gratitud ardiente  
te arrastran tan distante,  
que no hallarán disculpa en el prudente.

De honradez y lealtad tan alta prueba,  
¿no ves, ¡oh, fiel Rodrigo!,  
que al precipicio lleva  
al que proclamas protector y amigo?  
¿Cuánto mejor te fuera, o tú vengarlo,  
si impedir no pudiste

el mal, o que ignorarlo  
por largo tiempo consiguiera el triste?

¡Ay, hasta la virtud, hija del cielo,  
los míseros mortales,  
por imprudente anhelo,  
pueden mina fecunda hacer de males!

\*\*\*

¡Cuán clara y refulgente,  
espléndido topacio,  
en el celeste espacio  
ostentaba la luna su esplendor!

Con sonrisa inocente  
dormida entre celajes,  
delicados encajes  
de leve niebla y cándido vapor.

Y su luz argentina  
por lomas y collados,  
y silenciosos prados  
se gozaba apacible en resbalar;

y la pomposa encina,  
y el contorno del monte  
en el vago horizonte,  
de nácar sobre nube, en dibujar.

Dejando al valle hondo  
tiniebla misteriosa,  
que nadie mirar osa,  
temiendo algún fantasma descubrir;

y solo allá en el fondo  
dejaba la corriente  
del rápido torrente  
breve y fugaz destello relucir,

en calma estaba el viento,  
y el aura revolando  
y en silencio besando  
las soñolientas flores del jardín.

Las robaba su aliento,  
y con él perfumaba  
y en bálsamo tornaba  
el ambiente hasta el último confín.

El silencio profundo  
tan solo interrumpía  
la fuente que corría  
y el acento de un tierno rui señor;

se dijera que el mundo,  
en sueño regalado,  
dormía reclinado  
en el inmenso seno del Creador.

¡Ah! Noche tan hermosa,  
tranquila y apacible  
que encubra no es posible  
perfidia, engaño, crimen y traición.



“ El sol desde el oriente  
al perfilar de grana y de topacio  
celajes que bordó la blanca aurora;  
y al ocupar el trono refulgente  
del cenit en la cumbre del espacio,  
derramando a raudales  
vida, riqueza y luz a los mortales...

| Colección  
| Lima Lee



MUNICIPALIDAD DE

LIMA